

Pero..., ¿quién mata a los grandes chefs?

(Inglaterra-Francia, 1978). Director: Ted Kotcheff. Intérpretes: Jacqueline Bisset, George Segal, Robert Morley, Jean Rochefort, Jean Pierre Cassel y Philippe Noiret.

Dulzona comedia de amor y enredo, débilmente atemperada por algunas gotas de amarga criminalidad. El argumento y la intriga, en manos de un director menos propenso a sucumbir a los encantos del «glamour», podían haber dado un resultado apetecible. Kotcheff se mete hasta las orejas en el barro amerengado de la «qualité», sirviendo, con estética postalera y pastelera, unos diálogos que tienen toda la superficial brillantez (e inocuidad) que los injustos achacan a Neil Simon. A Segal le cuadra su papel de hortera «burguer man», pero la Bisset, continuando su despistada carrera, hace una repostera tan comestible como inverosímil.

M.H.



Jacqueline Bisset

El mago

(«The wiz», USA, 1979). Director: Sidney Lumet. Intérpretes: Diana Ross, Richard Pryor, Michael Jackson y Lena Horne.



Diana Ross

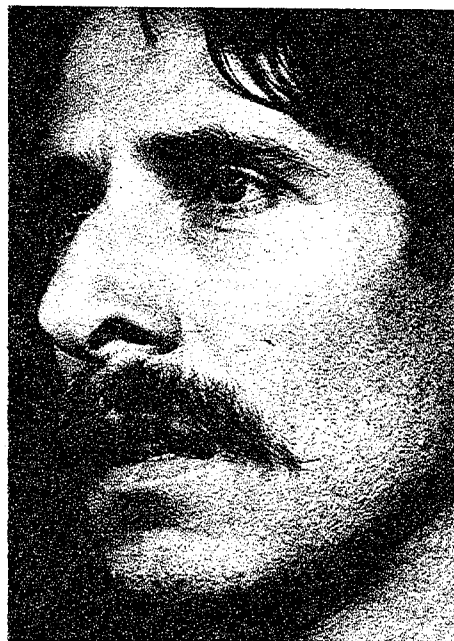
«El mago de Oz» (Victor Fleming, 1939) supuso nada menos que la consagración de Judy Garland y el comienzo de una nueva etapa del cine musical. Este «remake» de Sidney Lumet no significa, hasta ahora, más que un enorme dispendio para su productora. Dorothy y sus míticos amigos han trasladado su campo de operaciones a Nueva York. Esta ciudad y la música negra, según Lumet, eran los referentes culturales ideales para la nueva versión. La opinión es objetable en tanto que, por culpa de la degeneración del mercado discográfico, el buen momento de la música negra ha pasado. Lumet se enzarza, con sus actores de color, en una apoteosis del colorín, que podía haber dado frutos aceptables, con un mayor sentido de la moderación, pero que ha quedado cursi como una macedonia de frutas. El valor innegable de algunas canciones y coreografías no alivia el «flash» que nos atiza semejante Arco Iris.

M.H.

Teatro

Dos sabores teatrales

Aunque uno es cabaret y el otro un Chejov (es decir, fuegos de distinta leña), algo tienen en común los espectáculos que se están dando ahora en la Cúpula Venus y en el Teatre Lliure (1). Son dos productos de una sociedad que se está reconstruyendo teatralmente, que de forma laboriosa pero esperanzadora reaprende aquello que le hicieron olvidar o, tal vez, aquello que no supo jamás. Ambos son ejercicios de caligrafía.



Fermi Reixach

De la mano de Núria Massot (al fin otra mujer que dirige), Joan Gimeno y Ricard Arilla se afanan, en la Cúpula Venus, copiando modelos de otras tierras. Su pulso empieza a ser firme, sobre todo su pulso corporal. La intuición cómica ya es algo más que intuición y, si a veces tardan demasiado en llegar al gag, demuestran saber perfectamente que los gags no surgen de la nada sino que se preparan a la vista del público; que no son otra cosa que la ruptura brutal de un tempo instaurado previamente.

Por supuesto, Massot - Arilla - Gimeno hacen concesiones a la moda. Por ejemplo, a la moda travesti. Parece como si hoy no pudiese hacerse cabaret sin que los hombres remedan a las mujeres. El resultado es que el travestismo ha acabado perdiendo toda su carga filosófica (la ambigüedad del sexo y, con él, la del mundo), su interés profundo, su capacidad revulsiva. A veces, en su voluntad desmitificadora (se supone que es por eso que se travisten), los actores golpean al espectador con un exceso de elementos paródicos simultáneos que se anulan entre sí, como es el caso del strip-tease de Gimeno, imitación del modelo femenino hecha por un hombre que, además, lleva las medias rotas y, por si fuera poca tanto destrucción, simula la inhabilidad más absoluta.

Si a ello se le añade que Arilla y Gimeno recurren al play back para cantar (es decir,

sólo parodian a medias) se comprenderá que «Futucum ras ras» deje el sabor insuficiente de los sucedáneos de mostaza sin nervio. Gimeno y Arilla debieran aprender a cantar si no quieren ser siempre medio actores de cabaret, si desean rehuir la colonización que imponen otros cabarets nacionales. No se les puede reprochar a ellos que hoy no exista —o casi— un cabaret catalán. Pero su misión es inventarlo y eso no se consigue con play back.

Siendo también un ejercicio caligráfico, «Les tres germanes» no deja, en cambio, el sabor a sucedáneo. Aquí no se hace nada a medias (incluso hay un actor que sabe tocar el piano de verdad, cosa nada frecuente por desgracia) y además evitan, como es feliz costumbre en el Lliure, toda tentación paródica. No nos invitan a caviar de imitación. Puede que la fórmula de Pasqual sea de importación (el fantasma de Strehler recorre nuevamente el escenario, sin que ello tenga nada que ver con el plagio), pero los ingredientes son auténticos y de calidad. Incluso en su arriesgada incorporación al Lliure alcanzan sus mejores marcas dos actrices (Maife Gil y Concepció Arquimbau) y un actor (Rafael Anglada) que proceden de otro universo teatral, de otros usos y costumbres actorales. Pasqual ha sabido fundir sus estilos respectivos en el estilo de Lizarán, Alcañiz, Colomer, Reixach, Homar y compañía. El oficio y la experiencia de unos cruzados con el método de trabajo del Lliure y con su patrimonio cultural, nos deparan una brillante actuación de conjunto.

Sabia e inteligente es la puesta en escena de Pasqual, pero le falta algo que es, a mi juicio, básico: la pasión. No hay rastros de ella en el montaje. Nos muestra un episodio humano al modo de los antiguos dioramas en movimiento: glacialmente. Y uno se va a casa preguntándose por qué diablos Pasqual ha escogido este texto, dónde está él mismo en este escenario, al margen de sus estrictas funciones profesionales. Uno se va con el sabor, en los ojos, del esteticismo. Y no lo digo por la belleza de la escenografía de Puigserver, sino porque esa es precisamente la definición de esteticismo: belleza sin pasión.

Jaume Melendres

(1) «Futucum, ras, ras». Estreno 7-11-79, Cúpula Venus. Joan Gimeno y Ricard Arilla. Dirección de Núria Massot.

«Les tres germanes», de Chejov, Teatre Lliure de Barcelona. Traducción de J. Oliver. Con Anna Lizaran, Imma Colomer, Maria Ferranda Gil, Muntsa Alcañiz, Fermi Reixach, Lluís Homar, Rafael Anglada. Espacio escénico y vestuario de F. Puigserver. Dirección de Lluís Pasqual.